

ARGENSOLA, BARTOLOMÉ LEONARDO DE (1561-1631)

SONETOS

I – CLVIII

I

Mírame con piedad; y arda el cometa,
Filis, que ahora pálido nos mira;
que a quien tus ojos muestra amor sin ira,
¿cuál término fatal no le respeta?

Y absorto (que es lo más) en la secreta
felicidad que aquel favor le inspira,
ni de amenaza superior se admira,
ni en dudosos prodigios la interpreta.

De estos bienes, elévame al segundo;
que al primero no aspiro, aunque me libre
de la alta indignación que arma el portento.

Su infausta luz contra los cetros vibre,
y como deje en paz mi arrobamiento,
vierta discordia y descomponga el mundo.

II

¿Cuál mérito aspiró, Filis, a tanto,
si no fue remitiéndose a la suerte?
¿Cómo me ofreces hoy, con ofrecerte
para sujeto de mi humilde canto?

Ya con súbitas alas me levanto,
pues tu favor en cisne me convierte,
para hacer a la envidia y a la muerte
gloriosa injuria y apacible espanto.

Cantaré cómo arroja en tu hermosura
divinidad el alma, y como inspira

en todas tus acciones influencia;

Y cómo en tu mirar muestra la ira
tanta conformidad con la clemencia,
que no sé si amenaza o asegura.

III

De antigua palma en la suprema altura,
con los sacros olores del oriente,
para su parto y muerte juntamente,
hace la fénix nido y sepultura.

Mueve las alas para arder segura,
que el fuego a su esperanza está obediente;
y así, sus llamas fieles más luciente
la restituyen a la edad futura.

De esta manera en la sagrada palma
de nuestro alto valor arder presume
mi pensamiento alegre entre sus ramas;

que vuestro ardor da vida al que consume;
y así, no es temerario el que a sus llamas
entrega el gran depósito del alma.

IV

Estas son las reliquias saguntinas,
injuria y gloria al sucesor de Belo,
cuando en fábrica excelsa las vio el cielo
al orbe origen de la luz vecinas.

De hiedra presas yacen, y entre espinas,
con que sus riscos arma el yerto suelo,
y hoy libran la venganza y el consuelo
en la contemplación de sus ruinas.

Sagunto precia más verse llorada
de la posteridad que si a Cartago
con propicia fortuna leyes diera.

Oh tú, que sobrevives al estrago,

cándida fe, procura que yo muera,
si amor me tiene igual piedad guardada.

V

Hago, Filis, en el alma, estando ausente,
para hablarte animosas prevenciones,
y tú con un mirar las descompones;
yo enmudezco, turbado y obediente.

Mas es mi turbación tan elocuente
(efecto de estas fieles turbaciones),
que aquella voz que huyó de mis razones,
persuade en los ojos y en la frente.

Claro está que si sientes ablandarte
para poner a mi verdad en duda,
ni te queda licencia ni derecho.

Para esto amor de ornato las desnuda;
que introducir piedad, Filis, en tu pecho
no puede ser jurisdicción del arte.

VI

Ya el oro natural crespes o extiendas,
o a componerlo con industria aspises,
lucir sus lazos o sus ondas mires,
cuando libre a tus damas lo encomiendes.

O ya, por nueva ley de amor, lo prendas
entre ricos diamantes y zafires,
o bajo hermosas plumas lo retires,
y el traje varonil fingir pretendas;

búscate Adonis por su Venus antes,
por su Adonis te tiene ya la diosa,
y a entrambos los engañan tus cabellos;

mas yo, en la misma duda milagrosa,
mientras se hayan en ti los dos amantes,
muero por ambos, y de celos de ellos.

VII

Visto has amor, que no al rebelde brío
de afecto natural, ni la violencia
de belleza exterior, a tu obediencia
redujo al libre pensamiento mío;

hasta que con más noble poderío
la razón allanó mi resistencia,
y por su autoridad y en su presencia,
juró tu servidumbre mi albedrío.

Mas aunque la prisión que arrastro suena,
y ufana mi elección sostiene el peso,
no se oye, o no se admite, o se aborrece.

Adorna tú los méritos del preso,
pues su verdad desnuda no merece
que Cintia quiera asir de la cadena.

VIII

¿Quién me dará jazmines y violetas
para ceñir a un vencedor las sienas,
que convirtió en halagos los desdenes,
donde amor despuntó tantas saetas?

Diosa Ocasión, ¿produces tú o sujetas
el principio fatal de nuestros bienes?
Rendiste a Clori; omnipotencia tienes,
y son ministros tuyos los planetas.

Rendísteme de asalto repentino
(con fraude por el mismo amor trazada),
la fuerza en que encerró toda su gloria;

que él nació de hurto y la traición le agrada.
Yo vine, vi y vencí mayor victoria
que dio el oriente a vencedor latino.

IX

Viéndome Fili en brazos de la muerte,

heroicamente se movió a clemencia,
y a su altivo decoro dio licencia
para inclinarse a remediar mi suerte.

Sintió el sujeto, de poder más fuerte
que el natural, la dulce violencia;
que amor en el crisol de la experiencia
los accidentes en salud convierte.

Si ya no huyeron, Fili, de la gloria
que allí vieron salir de tu belleza,
que en su presencia es todo luz y vida;

atónita quedó naturaleza,
contra sus mismas leyes socorrida,
y preciándose amor de la victoria.

X

Suelta el cabello al céfiro travieso,
para que recompense, oh Cintia, un rato
de los muchos que usurpa el aparato
que le añade, no gracia, sino peso.

¡Cuánta más luz que coronado o preso
nos descubre, ondeando sin recato!
Y dime si en las leyes del ornato
respondió al arte con tan gran suceso.

A cabellos de mal seguro reyes
ofrezcan ambiciosos resplandores
las ondas, y las minas del Oriente.

Los tuyos, no los crespes ni los dores;
y pues crecieron en tan libre frente,
imiten su altivez, no guarden leyes.

XI

Cuando me miras, Clori, de luz lleno
horizonte a tus ojos me figuro;
tu sol influye en el afecto oscuro
si influye en el espíritu sereno;

y cuando altos reflejos de entre el seno
a la luz eficaz volver procuro,
bien corresponde lo luciente y puro,
pero exhalas sus nieblas lo terreno.

No sol tu vista entonces, sino aurora,
su vapor imperfecto desvanece;
mas si tal vez se esfuerza a formar nube,

a pesar de sí misma resplandece;
porque en el punto que a tu esfera sube
tu noble resplandor lo inflama y dora.

XII

Tajo, productor del gran tesoro
(si a la fama creemos), cuya arena
de zafiros y perlas está llena,
tus aguas néctar, tus arenas oro;

tú pues, acrecentado con mi lloro,
será testigo de mi amada pena,
como sujeto a lo que amor ordena,
buscando vida, a quien me mata adoro.

Cuando mi pastorcilla en tu ribera
busca las conchas que creciendo arrojás,
y con su blanco pie tu orilla toca,

el bien que gozas, agua lisonjera
(que al fin lo has de besar, pues que lo mojas),
lo usurpas al oficio de mi boca.

XIII

Ese pájaro, Cintia, que del hielo
huye a tus manos, y con osadía,
cuando le sueltas, a volver porfía,
¿dónde aprendió la fe de nuestro cielo?

Ella le encaminó al segundo vuelo,
y así obligado a tan celosa guía,
ni al nido volverá, por más que el día
aclare el aire que le turba el cielo.

¡Oh pajarillo fiel! pues nos igualas
en ese afecto que tan vivo tienes,
si te dan libertad, vuelve a entregarte,

vuelve a buscar la gloria en los desdenes,
pues dos veces amor, para animarte
a un vuelo tan feliz, te dio sus alas.

XIV

Debajo de una alta haya Melibeo
retrataba a Faetón en el cayado
de aquel rayo de Júpiter pasado,
que dio fin a su altísimo deseo.

De la otra parte pinta el caso feo
(después de haber el mundo amenazado)
de Pompeyo, en la barca degollado
por obra del ingrato Ptolomeo.

Y viendo sus pinturas acabadas,
les dice a las figuras valerosas:
«Tercero me hicieron mis querellas;

y el mundo os tiene envidia, almaspreciadas,
pues ya que no acabamos grandes cosas,
morimos en la fe de acometellas».

XV

De la unión, Silvio, con que amor prospera
o endiosa nuestras almas, el conceto
que la esperanza forma es tan perfeto,
que la opresión del yugo le aligera.

Y así, quien ama y dice que no espera,
por ostentan más fe al amado objeto,
a su interior verdad pierde el respeto,
sin cuyo alivio ni alentar pudiera.

Bien que sí, generosa en la tardanza
(mientras que en gloria no se le convierte),
a finezas más nobles les convida.

Sufra y espere, mas con ley tan fuerte,
que aunque le falte esfuerzo, no le pida
jamás el sufrimiento a la esperanza.

XVI

Amor, si de la parte más perfeta
jamás mi sol su viva luz retira,
en vano Filis con piedad me mira,
y enciendes en su ojos tu saeta.

No como yo lució sobre el Oeta
el héroe que amó tanto a Deyanira,
ni la cumbre de Olimpo está de la ira
de los rayos y vientos más quieta.

Y así como allá encima de su altura,
cuando por religión sube la gente
las cenizas de antiguos sacrificios,

Fili hallará guardados altamente
de mi primer amor sacros indicios
con fe y tranquilidad serena y pura.

XVII

Ya resplandece en mí como nativa,
Laura, tu candidez, no como ajena;
que el indómito afecto me serena,
y sus errores generosa y viva,

así del claro Pólux se deriva
la que sosiega el mar y el euro enfrena,
para que del honor fraterno llena,
el tenebroso Cástor la reciba.

En virtud pues de amor tan noble y fuerte,
que, a pesar de acechanzas naturales,
lo más terreno en celestial convierte,

preciémonos de amantes celestiales;
no reconozca al tiempo ni a la suerte
la unión de dos sustancia sin mortales.

XVIII

Bien sé yo, Cintia, el culto que se debe
al que de dos sustancias desiguales
tan superiores forma los mortales,
que es cada cual un dios de un mundo breve;

y que este honor le obliga a que se eleve
sobre el ser de las obras naturales,
y asaltando esas máquinas fatales,
viva unido a la causa que las mueve;

y soy con esto a quien tu amor desvía
del uso de este gran conocimiento
por la divinidad de tu hermosura;

y a venerarte vive tan atento,
que gime si tal vez se le figura
que puede tener fin su idolatría.

XIX

Amor, que en mi profundo pensamiento
sus nobles fuerzas aprestadas tiene,
tal vez armado hasta los ojos viene,
de donde a los de Cintia los presento.

Mas ella, opuesta al raro atrevimiento,
para que en lo futuro se refrene,
aquella risa, aquel favor detiene,
con que suele aliviar el sufrimiento.

Huye a su centro el dulce dueño mío,
temeroso y cortés; que no hay sujeto
que contra sus desdenes muestre brío.

Yo desde rayo, no por el efecto
que en los mortales hace, me desvíó,
mas porque sirve a celestial precepto.

XX

Huyo de ti, y a tus umbrales llevo,

como tú infieles, Gala, y temo hallarte;
triste, que busco en los peligros parte
fiel y segura para mi sosiego.

Puédenlo ser tus fraudes, no lo niego;
mas viéndote, ¿quién pudo desarmarte?
ya mis nuevas defensas quiso al arte,
y a tu pérfido antojo las entrego.

Yo moriré quejoso y tuyo, Gala,
habiendo sido fábula increíble
de fe indiscreta y vergonzosa pena.

¡Oh justicia de amor! ¡Qué no es posible
avenirme contigo aunque seas buena,
ni dejarte de amar, aunque seas mala!

XXI

Su cabello en holanda generosa
Fili enjugó, imitando al real decoro
con que orna su tocado, persa o moro,
bárbara infanta o preferida esposa.

Notando mi atención la inculta hermosa,
libró del lino el húmedo tesoro,
y suelto en crespas ondas, cubrió el oro
la cerviz tersa que extendió la rosa.

Y el pecho en que de pura leche iguales
forman sus dos relieves paraíso,
donde benigna honestidad se anida,

yo no sé si premiar o matar quiso;
que ambos objetos dan veneno y vida,
avaros de su gloria y liberales.

XXII

Fili, en tus ojos mi atención respeta
(antes adora) aquellos altos fines,
que, ya su vaga luz tiendas o inclines,
muestran furor de indignación secreta.

Así el tirano en pálido cometa,
que horrendo vibra prodigiosas crines,
donde rayan sus lúcidos confines,
amenazas y estragos interpreta.

Mas pues ya la piedad vence al destino,
y el mismo horror en la severa lumbre
descubre al justo ostentación propicia,

anúncienos tu rostro mansedumbre;
que nunca por benigna la justicia
se contrapuso al disponer divino.

XXIII

¿Con qué entrañas, de piedad desnudas,
niño impaciente del sosiego ajeno,
las flechas inficionas de veneno,
y cuerda infatigable al arco anudas,

si el blanco he sido de las más agudas,
y ando de sabias experiencias lleno,
desde que, herido en limpia edad, del seno
inexperto vertí lágrimas rudas?

Precia más que tus jaras descorteses
tantos ejemplos de mi fe, y no quieras
que la altivez de Cintia las derribe.

¿Así destruyes lo que amar debieras?
¿Qué agricultor las hoces apercibe,
resuelto de pegar fuego a sus mieses?

XXIV

Con dura ley tu halago nos aprieta,
Cintia, que, en fe de que a esperar nos mueve,
descubre en ti que ni una gloria breve
quiere que el más valido se prometa.

Así a la flor que en real jardín secreta,
n el huésped raro ni el cultor se atreve,
la lluvia, el sol y el mismo soplo leve,
que juega con sus hojas la respeta.

¿Cuál prevención podrá evitar los daños
que obran en las clemencias y favores,
lo mismo que en desdenes y mudanzas?

No más, benignidades exteriores,
pues cuando me animáis con esperanzas,
a mejor luz os hallo desengaños.

XXV

Si amada quieres ser, Licoris, ama;
que quien desobligando lo pretende,
o las leyes de amor jamás comprende,
o la naturaleza misma infama.

Afectuoso el olmo a la vid llama,
con ansias de que el néctar le encomiende,
y ella lo abraza y sus racimos tiende
en la favorecida ajena rama.

¿Querrás tú que a los senos naturales
se retiren avaros los favores,
que (imitando a su autor) son liberales?

No en sí detengan su virtud las flores,
no a tu benignidad los manantiales,
ni su influjo las luces superiores.

XXVI

Si el alma sus afectos desordena,
justo es que tu desdén sienta, Licina;
pero si a venerarte los inclina,
¿por qué la infamas con la misma pena?

Dirás que no se sigue; que si truena
Júpiter, y con llama repentina
tal vez sus mismos templos arruina,
la adoración de su deidad condena.

Sí, pero es bien que mi interior respeto,
para que tus desdenes no la infamen,

la examines primero a tu albedrío.

O remítame a mí el sutil examen
de si ardió o si espero; a riesgo mío,
yo me sabré avenir con mi secreto.

XXVII

El nombre, oh Cintia, que en el tiempo dura,
que estima jaspes y epitafios ama,
adoraréle yo en mi sacra llama
cobra esplendor para la edad futura;

que ya, sin esperar mi sepultura,
con opinión anticipada fama
a la prudente sencillez inflama,
¿quién sabe si a la horrenda envidia apura?

Trocadas pues las veces en mi suerte,
a mis posteridades sobrevivo.
Mas si en tu aprobación no me renuevo,

del culto de las artes ¿qué recibo?
a la naturaleza ¿qué le debo?
¿qué importan las promesas de la muerte?

XXVIII

Tanto ha podido un pensamiento honesto,
ilustrado de aquella virtud pura,
que ha vuelto racional la parte oscura,
y su deleite lícito y modesto.

El cuerpo frágil admirado de esto,
ya noble con la noble vestidura,
como el villano está, que por ventura
se ve de toga consular compuesto.

En esta paz que con el alma ha hecho
(ya mi interior república quieta),
en nuevo siglo de oro me recreo;

que la razón tiene amistad perfeta

con los afectos dentro de mi pecho,
y por eso es tan noble mi deseo.

XXIX

Ha llegado mi fe a tan raro extremo,
Fili, que cuando aspiro a descubrilla,
porque la guardo para ti sencilla,
el lustre infiel de la elocuencia temo.

Purpúrea se nos muestra en lo supremo
del aire a varia luz la palomilla,
y cuando el mar sus ímpetus humilla,
en el agua parece corvo el remo.

Pues si la misma claridad añade
tal fraude a la ilusión, que por un rato
la vista humana de las formas duda,

¿obligaréme al peligroso ornato?
¿qué mayor bien que la verdad desnuda,
si con su desnudez te persuade?

XXX

Vuelve del cielo al peso que le oprime,
mi espíritu, si en raptó se divierte
de este inferior distrito de la muerte,
donde en sus graves eslabones gime.

«Vengo, dice, de ver la ley sublime
(no arbitrio vago de improvisa suerte),
que acá, encubierta en mansedumbre fuerte,
su acción en ambos términos comprime».

Y así, pues Filis (émulo divino)
con benigna eficacia la ejercita,
ya no más diversión de sus desdenes.

Esfuérzate a esperar que los remita;
que no por sed de peregrinos bienes
te han de ver las estrellas peregrino.

XXXI

¿Cómo tienes noticia tan profunda
del derecho civil, Teodoro mío?
Dilo, así Dios te dé un barbero pío,
que esa prolija barba arrase o tunda.

Antes, oh Fabio, las navajas hunda
varón barbado, insigne barba crío;
que en mí el saber, como en Sansón el brío,
en este pelo trágico se funda.

¿Esto es posible? Oh grato a los incultos
saturno, si en las barbas de Teodoro
el fruto que en un largo estudio pones,

bróteme doctas cerdas cada poro;
mas niega este secreto a los cabrones
que aspirarán a ser jurisconsultos.

XXXII

En la Holanda, bañada del tributo,
que a todas las calendas paga Lice,
clava una rana viva el infelice
Clito, su esposo, felizmente astuto.

Púsole en odio el adulterio (fruto
del ranicidio, según Plinio dice);
de hoy más ni Tolomeo a Berinice
de casta ni a su Porcia alabe Bruto.

Oh César, oh repúblicas y reyes,
si Lice excede a egipcias o romanas
edificad a Clito estatuas y arcos.

Perezca la ley Julia. Vengan ranas;
pesquen los magistrados por los charcos,
pues hacen más las ranas que las leyes.

XXXIII

Aunque Ovidio te dé más documentos

para reírte, Cloe, no te rías;
que de pez y de boj en tus encías
tiemblan tus huesos flojos y sangrientos;

y a pocos de esos soplos tan violentos,
que con la demasía risa envías,
las dejarás desiertas y vacías,
escupiendo sus últimos fragmentos.

Huye pues de teatros, y a congojas
de los lamentos trágicos te inclina,
entre huérfanas madres lastimadas.

Mas paréceme, Cloe, que te enojas;
mi celo es pío; si esto te amohína,
ríete hasta que escupas las quijadas.

XXXIV

Tú, a cuyos dedos hoy los pulsos fía
la opinión o el error de los mortales,
¿cómo, nos di, de la piedad te vales,
que entre las manos se te vuelve impía?

Esas drogas que Arabia nos envía,
recetadas por ti, son funerales;
envidian a tu pluma los puñales,
y a tus libros la más fuerte armería.

¿Cómo? Porque los hados con veneno
me mandan, asolar, justos la tierra;
y si vuestros antídotos estrago,

Aníbal soy, que, para haceros guerra,
por los alfanjes que volví a Cartago,
me obligan a empuñar los de Galeno.

XXXV

Ya no murmura el pueblo, sino brama,
contra tus fraudes, Lico, porque siente
que no hay seguro en tu modesta frente
más que en la de una fiera de Jarama.

La voz del pueblo voz de Dios se llama;
mas yo, para juzgar sencillamente,
hago por ti una excusa suficiente
por quitar las calumnias de esta fama;

que tú no crees que hay vida que comienza
donde esta acaba, ni la suerte, oh Lico,
a las obras humanas prometida.

Pues no te juzgo yo por tan inico,
que si creyeses tú que hay otra vida,
vivirías con tanta desvergüenza.

XXXVI

Filis, yo te aborrezco, y de manera,
que pasara contento con mi suerte
si el cielo, para sólo aborrecerte,
sin otro gusto, edad me concediera.

No es ímpetu de afecto el que me altera
de los que el tiempo o la ocasión divierte;
ira es sagrada, generosa y fuerte,
que agradable en el alma persevera.

¡Oh, cuán ufano estoy de que tu halago
(aunque virtud sencilla lo intitules)
sea voz de sirena y faz de arpía!

Vengado quedo pues, no disimules;
que al fin dependes de mi cortesía,
pues me puedo vengar, y no lo hago.

XXXVII

Crece de presto, poderosa hierba,
que medras en la injuria, si dispones,
no a Pitágoras manto, ni los dones
de Aragne, que irritaron a Minerva;

ni senos para hacer a la Asia sierva,
cuando navales fábricas compones,
y al viento puesta, a descubrir regiones
vuelas, que el orbe idólatra conserva;

Sino para apretar de este vecino
causídico la pérfida garganta
(sacro lazo), que luego de mi mano

serás de la piedad ofrenda santa.
Crece, tanto suplicio; tú, Silvano,
Dios de los campos, guarda el de este lino.

XXXVIII

¿Qué mágica a tu voz venal se iguala,
en horribles caracteres secreta,
Trifón, si cuando nota o interpreta
saquea la ciudad, los campos tala?

El cañón con que escribes, que en el ala
se formó de algún ánade quieta,
no lo tiene tan fino tu escopeta,
ni arroja así la pólvora y la bala.

¡Oh patrocinio (aunque aproveche) amargo!
de mi consejo no podrá ninguno
en tu fe sus derechos ni sus quejas;

demás que para el dueño todo es uno:
o que le coma el lobo las ovejas,
o el pastor mismo que las tiene a cargo.

XXXIX

Señor, a eterno ayuno me dedico,
no llegue para mí opulento el día,
si yo no puedo ser por otra vía,
que por litigio, y tribunales rico.

Por aquella piedad te lo suplico,
con que abreviando en la flaqueza mía,
siendo la voz, que tierra y cielos cría,
temiste de la voz de un juez inico.

¿Cuán saca la bellísima inocencia,
aun cuando el juez le da la mano amiga
de las uñas causídicas el gesto?

¡Oh siglo, siervo de servil paciencia!
¿Cuál bruto, cuál frenético litiga,
si puede hacer, que lo condenen presto?

XL

¿Por qué habitáis, silvestres homicidas,
entre fieras armados de su furia,
pudiendo en opulencia y en lujuria,
entre las gentes, como Cresos y Midas?

Venid a hacer pacíficas heridas
y pacíficos robos en la curia;
que aquí os dará jurídica la injuria
autorizadas y seguras vidas.

La victoria sin sangre más se alaba,
y del sutil abuso de las leyes
(que el juez no puede más) pende el suceso.

Si robara las vacas y los bueyes
caco por los asaltos de un proceso,
¿qué le valiera a Hércules la calva?

XLI

Dime, Teodoro, así los sacros huesos
de Bártulo y de Baldo vuestros lares,
como Cástor y Pólux en los mares,
calmen la tempestad en los procesos;

¡por qué mostrando la verdad expresos,
próvida hasta en los casos singulares,
en las lites, o graves o vulgares,
de arbitrio humano penden los sucesos?

De las vulgares, Ticio, ni los nombres
llegan a calentarnos la noticia;
en las graves hay arte diligente.

Que exhala en los crisoles su justicia;
entre ambas sacan título aparente;
y así, en entre ambas son los hombres, hombres.

XLII

Tu aliento, Herminia, en su fragancia viva
tan suaves espíritus ofrece,
que ni un jardín su emulación merece,
aunque todas sus flores aperciba.

Mas el que por las barbas se deriva
de tu esposo, ¿con qué salud se cuece,
que huele a yema o pollo, que parece
corrompido en la cáscara abortiva?

No es la más grave de las servidumbres
que la boca le des; que su lujuria
tus perlas manche y lise tus corales.

¡Oh túmulo, y no tálamo! ¿cuál furia
en ti rindió las leyes naturales
a la fortuna? ¡oh tiempos! ¡oh costumbres!

XLIII

Dejan las musas arcos y vihuelas,
para oír el correo, que sobre el pelo
crespado trae con alas un capelo,
y en los talones alas por espuelas.

«Manda Juno (les dice) que echéis telas;
que está pobre de sábanas el cielo;
demás que, fabricado de cerbelo,
ociosas no están bien nueve mozuelas».

Ciñen sus ruecas, y los husos tuercen
con blandos dedos, y los elocuentes
labios el aristoso lino mojan.

De parcas quedan poco diferentes;
pero, por Dios, que es bien que las recojan,
y el día que no hilaren, que no almuercen.

XLIV

Ni soles, oh tahúr, luna sin auroras
te han visto soñolientas las pestañas;
tu estado espira, al sucesor engañas,
pues tu fe y su esperanza le empeoras.

Tu abuelo en esas tenebrosas horas
que velas tú, jugando sus hazañas,
armado, por difíciles montañas
pasaba sus escuadras vencedoras.

Sabe que la nobleza es sucesiva
más por nuestra opinión que por su efeto,
y sin virtudes nunca meritoria.

¿Qué acuerdo tomas pues, oh indigno nieto,
sabiendo que es ajena aquella gloria
que del valor ajeno se deriva?

XLV

Pues no siempre tus rayos vengativos
sobre montes y alcázares fulminas,
y alguna vez destroncas las encinas
y abrasas los pacíficos olivos,

un pedante que, a gritos excesivos,
enseña a variar voces latinas,
júntalo a los estragos y ruinas
cuyas memorias guardan tus archivos.

El de pálido boj, labrado al torno,
vibra un cetro a mil madres formidable;
caiga el brazo inhumano con ejemplo;

que en el barrio que él hace inhabitable,
hoy te dedico, oh Júpiter, un templo,
y de inscripción piadosa te lo adorno.

XLVI

Cremes, regala a Lice, y no celebres
su nombre en verso, o quema tus papeles.
Envíale una liebre, como sueles;

aunque, según Marcial, ¿a qué fin liebres?

Mucho tiempo ha que pasas esas fiebres,
de que en ellos frenético te dueles,
desde que le arrojaron los broqueles
(ya sabes quién y adónde) a Mos de Gebres.

Calla, enfadoso padre, así se halle
docto herbolario, que convierta un cobre
la plata hilada que tu barba cría.

Tú, buena Lice, ruégale que calle;
así una liebre de las que él te envía
en tu figura sus efectos obre.

XLVII

No temes tú mis versos, Citaredo;
finges temer, para que así propicio
el vulgo, entre el clamor de su bullicio,
te señale por sabio con el dedo.

A lo menos sin risa, yo no puedo
dar tanto a la ambición de tu artificio,
que te halle alguna vez en mi juicio
aprobado por digno de ese miedo.

Para que obren con ley nuestros decoros,
sus acciones imiten respetuosas
al que nace en las fieras no adquirido.

Temán las uñas del león los toros;
mas pídanle perdón las mariposas,
si se juzgaren dignas de un bramido.

XLVIII

No hay dudar, Gallo, que esta edad maldita
aborrece los sabios de manera,
que al que en trono obispal poner debiera,
no le fía las llaves de una ermita.

Mas, pues que la repulsa lo acredita,
la injuria ten por gloria verdadera;

y así, no te lamentes; considera
que porque la mereces te la quita.

Que si el derecho que antes tuvo el sabio
ahora en barbas pródigas consiste,
y en no saber, tras esto, el alfabeto,

tiene razón de andar quejoso y triste;
porque ninguno como tú al respeto
ha recibido tan notorio agravio.

XLIX

Bilbilis, aunque el dios que nació en Delos
te conserve fructífera sin daño,
y cuando sobre ti descende el año,
sus guirnaldas te den todos los cielos;

y aunque hagan tus preciosos arroyuelos
fuertes las armas con el noble baño,
y aunque eres patria del cortés tacaño,
que en todas sus palabras puso anzuelos;

si no encadenas los infieles canes,
que tu aduana a los viandantes suelta,
ni tu muro veré ni tu camino;

que para dar hasta Madrid la vuelta,
embarcarme en Colibre determino,
aunque la de mayor que Magallanes.

L

Si esperas hoy prosperidad alguna,
solos, en la virtud de tus acciones,
por historia ridícula te expones
al siglo y aun por fábula importuna.

De dos sacros metales la fortuna
en los orbes que abrazan sus regiones,
para influir sus premios y sus dones,
otro sol ha formado y otra luna.

Si a pretender con fraudes y cautelas,

de estos dos astros amparado, acudes,
no habrá accidente que tu gloria impida;

mas si sólo con letras y virtudes,
toma libranzas para la otra vida,
y en esta ni te muelas ni nos muelas.

LI

Quita ese afeite, Lais; que se aceda,
y él mismo en el olor su fraude acusa;
déjanos ver tu rostro, y si rehúsa
el despegarse, quítalo con greda.

¿Qué tirano la ley natural veda?
o ¿qué murtas el diestro acero atusa,
que alegren más que la verdad confusa
de bosque inculto o bárbara arboleda?

Si lo blanco y purpúreo que reparte
Dios con sus rosas, puso en tus mejillas
con no imitable natural mistura.

¿Por qué con dedo ingrato las mancillas?
Oh Lais, no más; que en perfección tan pura
arte ha de ser el despreciar el arte.

LII

Sacro metal en Julia Celsa suena,
émulo de proféticos alientos,
que nos previene a insignes movimientos
con propio impulso y sin industria ajena.

Ofusca el sol su faz limpia y serena,
arrojando esplendores macilentos,
y sacudido el orbe de portentos,
se aflige y brama en su fatal cadena.

Y mientras que el horror de lo futuro
los ánimos oprime o los admira,
tú, Cremes, obstinado en tus amores,

remites a los cetros la gran ira,

y adulas a tu Pánfila con flores,
deshonesto, decrepito y seguro.

LIII

Incorregible Néstor, de los daños
que trae consigo la vejez te dueles,
porque ardes en afectos más noveles
que Venus alentó en robustos años;

y obligando la barba y frente a baños
que ofuscan pelos y taladran pieles,
negros (sin culpa de los poros fieles),
peinas y enrizas hoy tus desengaños.

Mas no sin gran prudencia los profanas,
hasta que nuestra risa te convenza
a que los restituyas o jubiles;

porque vergüenza fuera o desvergüenza,
que hablaran de lascivias juveniles
labios cercados de inocentes canas.

LIV

Si acomodado en mi fortuna aprieto
mi Proteo interior con cautos nudos,
y jamás por mi incienso dio estornudos,
oh Atlante, al humo interesal tu nieto;

si nunca al vulgo mi opinión sujeto,
y con mis risas cínicos barbudos,
y la verdad con sus aplausos mudos
mi frente adorna de laurel secreto,

¿Por qué la estéril soledad codicio?
Viviendo al siglo de oro interiormente,
¿no estoy bien retirado en mi conciencia?

¿Por qué? Porque cursando entre la gente,
si se echa un necio sobre mi paciencia,
verteré por los poros el juicio.

LV

Licia es aquella; acude, Fausto, y mira
cómo con el cabello dora el viento
y el rostro juvenil, de donde atento,
invisibles amor sus flechas tira;

cuán bien con la piedad mezcla la ira
en el mirar risueño y el violento;
la boca, que entre perlas el aliento
de jazmín salutífero respira.

Juzga si yo, con más razón que Ticio,
que, por Juno movió a los dioses guerra,
pudiera contra el cielo rebelarme.

¿Has visto bien que no tiene la tierra
sujeto igual? Pues sabes que un adarme,
un adarme no tiene de juicio.

LVI

Lico, pues Dios los pérfidos permite
para azote amoroso de los fieles,
y después, como a varas o cordeles
ya inútiles, al fuego los remite,

Él con sus justos rayos te visite,
y chamusque esos cuadros y doseles;
y los perfume que lascivo hueles,
súbito hedor sulfúreo te los quite.

No suene en el relámpago el aviso
que a Saulo convirtió, porque tu celo
no es, como el suyo, digno de clemencia.

Fuiste en la tierra látigo del cielo;
y pues muestras negar su providencia,
¿no es bien que te ejecute de improvisó?

LVII

Pon, Lice, tus cabellos, con lejías

de venerables, si no rubios, rojos;
que el tiempo vengador busca despojos,
y no para volver huyen los días.

Ya las mejillas, que abultar porfías,
cierra en perfiles lánguidos y flojos;
su hermosa atrocidad robó a los ojos,
y aprisa te desarma las encías.

Pero tú acude por socorro al arte,
que, aun con sus fraudes, quiero que defiendas
al desengaño descortés la entrada;

con pacto (y por tu bien), que no pretendas
reducir a ruinas ser amada,
sino es de ti, sí puedes engañarte.

LVIII

Por verte, Inés, ¿qué avaras celosías
no asaltaré? ¿Qué puertas, qué cancelas,
aunque los arme de candados fieles
tu madre, y de arcabuces las espías?

Pero el seguirte en las mañanas frías
de abril, cuando mostrarte al campo sueles,
bien que con los jazmines y claveles
de tu rostro a la aurora desafías;

eso no, amiga, no; que aunque en los prados
placido iguala el mes las hierbas secas,
porque igualmente les aviva el seno;

con las risueñas auras, que en jaquecas
sordas convierte el húmedo sereno,
hace los cementerios corcovados.

LIX

Di, Erine, aunque a Pitágoras leyendo
pienses quedar tan ajustada y fina,
que a tu cerebro imite la oficina,
donde él redujo a música el estruendo.

¿Cinco años te abstendrás de hablar, mordiendo
la lengua, por seguir la disciplina,
que sus filosofantes examina
con aquel noviciado tan horrendo?

Bien será que al silencio te prevengas,
y por decoro de una ley tan grande,
enciendas por si acaso buenas lumbres,

mas ¿cómo tú has de hacer cuando te mande?
que (por ser tan golosa de legumbres)
de las que favorece más te abstengas?

LX

Tuya es, oh Lucio, esa canción sin duda
como esa greña es de tu calva lisa,
y, a pesar de la tos y de la risa,
los dientes que en la boca el arte anuda.

Y así nos muestra Erine la tez cruda
del rostro, aunque sin rígida pesquisa,
del pegajoso lustre nos avisa,
verdadera su frente, cuando suda.

Recibe, por los versos que refieres
(pues que son tuyos) pronto y alabanza;
que a un tercero, que en esto funda agravio,

tu fe interior le sirve de venganza;
pues cuando allá en el centro de algún sabio
mueves envidia, tú de envidia mueres.

LXI

Si conoces tus menguas, no te adules,
Cedro, a ti mismo, y eso que nos dices,
dilo allá a los que alquilan sus cervices
para mudar bufetes y baúles.

Que ya tus gracias, cuanto más las pules,
se arrojan en tu voz más infelices
que excrementicio humor por las narices
sobre esas canas pálidas y azules.

Si a las fuerzas penúltimas que guardas
para que el paso juvenil prosigan,
ignoras el honor que les ofreces;

caballos con su ejemplo te lo digan,
que ostentaron bozales y jaeces,
y ahora rozan jáquimas y albardas.

LXII

Más teme en su raíz, Lauso, aquí un pino,
que si a surgir en Asia o en Europa,
siendo fiel mástil de obstinada popa,
atravesara el proceloso Euxino.

Al cierzo y nieves, de este horror vecino,
suele vestida helársenos la ropa;
y aunque el sol salga, espera nuestra copa
que benigna segur le corte el vino.

Impaciente yo al humo, que sin llama
entre mojados leños se concibe,
soy huésped de unas tejas desleales.

Invierno en esta sierra algún caribe
execrable a las leyes naturales,
si se averigua que tus versos ama.

LXIII

Yo vi una ninfa, que entre rosas fuera,
Guzmán, y entre jazmines blanca y lisa;
pero con metamórfosi improvisa
verde horror le ofuscó la tez primera.

Díjome: «Euterpe soy, que esta ribera,
que con sus flores céfiro divisa,
a mí, que aliento su nativa risa,
procura, ingrata, convertirme en fiera».

Si el Tormes, dije yo, mancilla, Euterpe,
tu lustre con escama tenebrosa,
¿quién se podrá quejar del Lago Averno?

¿Tú sólo ignoras, replicó la Diosa,
que el estilo enigmático moderno
es quien de ninfa me transforma en sierpe?

LXIV

Pues nos va bien con adular, Cratilo,
rindamos la verdad a la cautela;
que en sus aplausos la virtud se hiela
sin que nadie la abrigue con un hilo.

Tu príncipe al Salustio y al Tranquilo
prefiere el gusto de una nueva tela;
y suélese reír cuando la escuela
pondera las grandezas de su estilo.

Oh, dueño de las cosas, ignorancia,
ampara a dos filósofos ayunos,
que a la virtud queremos oponernos,

dispuestos a no ver libros algunos
sino de los poetas más modernos:
tanto podrá el olor de la ganancia.

LXV

Engañaste, Galeso, si barruntas
que alguna vez me pareciste sabio;
que tu fisonomía es astrolabio
por donde yo averiguo mis preguntas.

Tu frente es breve, a quien las cejas juntas
y la roma nariz hacen agravio
los dos bigotes sobre el grueso labio,
que se miran recíprocas las puntas.

Dirásme que desmiente a las facciones
espíritu gentil algunas veces,
y así, no puede haber certeza en esto.

Pero si no eres tú lo que pareces,
sino que hay discreción tras ese gesto,
en la encinas nacerán melones.

LXVI

«Piensa, oh Mercurio, que unges los gentiles
miembros, que en red de acero viste presos;
sienta Lais, por tu antídoto, en los huesos
otro abril, que no envidie a mil abriles.

Y mira bien que cuan le destiles,
líquidos por la boca, sus excesos,
no se la injurien los humores gruesos
más que a la tersa carne los sutiles».

Esto le pide Venus; mas Remete,
«Yo, Señora, le dice, también siento
que tal boca se ofusque o se lastime;

pero ¿mandaste tú que la respete
para la de un vulgar, necio, opulento,
en cuyas cerdas sin horror la imprime?».

LXVII

Si aspiras al laurel, muelle poeta,
la docta antigüedad tienes escrita;
la de Virgilio y la de Horacio imita;
que el juglar del vocablo es triste seta.

Mas ni el heroico honor de la trompeta,
ni la lírica voz tu mente incita;
y como es tu caudal de hilo de pita,
tus versecillos son de cadeneta.

No muestres el envés de los vocablos,
ni los recalques en los labios tiernos;
que el diablo es bellacón, mas no ignorante.

Y pues te ha de llevar a los infiernos
ese ejercicio, indigno de un pedante,
no fuera malo granjear los diablos.

LXVIII

Si de Grecia sacaba el ostracismo
los buenos por insigneamente buenos,
contigo, que tan pérfido a lo menos,
¿no hicieran sus repúblicas lo mismo?

La de Corinto echárate del istmo
(con ser viciosa) a límites ajenos.
y aun regalado en uno de los senos
más sordos y profundos del abismo.

Y andas entre nosotros con ofensa
de la virtud; mas no me desconsuelo
de que dilate un rayo la venganza.

Que cuando en los castigos tarda el cielo,
justamente irritado, su tardanza
después en el furor la recompensa.

LXIX

Cuando los aires, Pármeno, divides
con el estoque negro, no te acuso
si por ángulo recto o por obtuso,
atento al arte, las distancias mides.

Mas di. el luciente en verdaderas lides,
por defensa o venganza puesto en uso,
¿herirá por las líneas en que puso
conformidad, y no pendencia, Euclides?

No esperes entre súbitos efectos
ira con atención, ni que prefiera
al valor un sofístico ejercicio;

porque, a la mente humana no se altera,
o nos quiso ver locos en juicio
quien redujo la cólera a preceptos.

LXX

Ni amor ni Marte esperen que en mi acento
suene de hoy más su gloria ni su ira;
que de las dos empresas se retira

infuso el superior conocimiento.

A honor de la moral virtud frecuente,
sublime Urania, mi estudiosa lira;
tú en mi voz y en sus números inspira
la persuasión de tu divino aliento.

A merecer tu lauro nos eleve,
oh musa, el celo que en tu insigne escuela
tan fervoroso los ingenios llama;

que los aplausos de la edad que vuela,
ya en la victoria adulen, ya en la fama,
no son más que ilusión de un sueño breve.

LXXI

«Dime, Padre común, pues eres justo,
¿por qué ha de permitir tu providencia
que, arrastrando prisiones la inocencia,
suba la fraude a tribunal augusto?».

«¿Quién da fuerzas al brazo que robusto
hace a tus leyes firme resistencia,
y que el celo, que más la reverencia,
gima a los pies del vencedor injusto?».

«Vemos que vibran victoriosas palmas
manos inicuas, la virtud gimiendo
del triunfo en el injusto regocijo».

Esto decía yo, cuando riendo
celestial ninfa apareció, y me dijo:
«¡Ciego!, ¿es la tierra el centro de las almas?».

LXXII

¿En qué veré que tú a mi llanto ahora,
Padre benigno, aplicas los oídos,
si el corazón que forma estos gemidos,
sus dulces lazos tiernamente adora?

¡Oh, rómpelos, Señor; que ya no es hora
de contemporizar con los sentidos;

que puesto que a su daño están asidos,
parte hay en mí que sus errores llora:

Bien veo que él resiste al favor tuyo,
mas perdonar a la cerviz sujeta,
eso, Señor, es de ánimos humanos.

El sacarlo de error mal grado suyo,
es obra digna sólo de tus manos;
mas ¡oh amor propio, oh lástima imperfeta!

LXXIII

Ya tu piedad magnánima derriba
mis ídolos, Señor; ya por ti espero
que restituya el resplandor primero
a mi templo interior su luz nativa.

Animoso al afecto se aperciba
para víctima al fuego verdadero;
sienta el furor del religioso acero,
pues que no ha de arder víctima viva.

Silencio y soledad, ministros puros
de alta contemplación, tended el velo
a profanos sentidos inferiores.

No acechen cómo ciñe el tercer cielo
la mente de tan limpios resplandores,
que a todos los visibles deja oscuros.

LXXIV

Ni opinión, Carlos, ni esperanza fundo
en los aplausos que el favor derrama;
¿quién los aprueba o sus lisonjas ama,
por más que en bronce las escriba el mundo?

Sí, rotas por el tiempo vagabundo,
muere el hombre otra vez cuando su fama,
¿son más que esfuerzos de una débil llama,
que turbia cesa en el morir segundo?

Y si el no conocerse es el abismo

de todo error, y cunde sin mudanza
una vez en los ánimos impreso,

buscaré mi verdad en mi alabanza?
¿cuándo has visto volver con buen suceso
a quien se busca fuera de sí mismo?

LXXV

Firmio, en tu edad ningún peligro hay leve;
porque nos hablas ya con voz oscura,
y, aunque dudoso, el bozo a tu blancura
sobre ese labio superior se atreve.

Y en ti, oh, Drusila, de sutil relieve
el pecho sus dos bultos apresura,
y en cada cual, sobre la cumbre pura,
vivo forma un rubí su centro breve.

Sienta vuestra amistad leyes mayores:
que siempre Amor para el primer veneno
busca la inadvertencia más sencilla.

Si astuto el áspid se escondió en lo ameno
de un campo fértil, ¿quién se maravilla
de que pierdan el crédito sus flores?

LXXVI

Bástale al día su malicia, Fabio;
quiebra esa esfera, en cuya industria sales
a recibir los venideros males,
dos veces ofendido de un agravio.

De los vidrios soberbios en que un sabio
copió los movimientos celestiales,
Júpiter se rió; que sus fatales
causas no las infunde el astrolabio.

Pero dirás que en él te da noticia,
para que, apercebido, las estorbes,
porque flechas previstas menos hieren.

Vive tú a la razón y a la justicia,

y caigan rotos los celestes orbes;
que no los temerás cuando cayeren.

LXXVII

De los dos sabios son estos retratos,
Niño, que con igual filosofía
lloraba el uno, el otro se reía
del vano error del mundo y de sus tratos.

Mirando el cuadro, pienso algunos ratos,
si hubiese de dejar mi medianía,
a cuál de los extremos seguiría
de estos dos celebrados mentecatos.

Tú, que de gravedad eres amigo,
juzgarás que es mejor juntarse al coro,
que a lágrimas provoca, en la tragedia;

pero yo, como sé que nunca el lloro
nos restituye el bien ni el bien remedia,
con tu licencia el de la risa sigo.

LXXVIII

Llegó a Guadalajara en este punto,
Marqués, donde el clamor de los metales
piadosos y las hachas funerales
lloran a un duque y lo celebran junto.

Al hijo de mis huéspedes difunto
saca también la cruz de sus umbrales;
que un médico, sin máquinas murales,
es aquí otro Aníbal contra Sagunto.

Es mi cochero músico y poeta;
mas, tal cual es, mirando bien la suerte
de dos tan desiguales ataúdes,

ahora está clamando, y dice: «¡Oh muerte!
Oh mazo de batán, que así sacudes
el paño fino como la bayeta!».

LXXIX

Fabio, pensar que el Padre soberano
en esas rayas de la palma diestra
(que son arrugas de la piel) te muestra
los accidentes del discurso humano,

es beber con el vulgo el error vano
de la ignorancia, su común maestra;
bien te confieso que la suerte nuestra,
mala o buena, la puso en nuestra mano.

Di, ¿quién te estorbará el ser rey, si vives
sin envidiar la suerte de los reyes,
tan contento y pacífico en la tuya,

que están ociosas para ti sus leyes,
y cualquier novedad que el cielo influya
como cosa ordinaria la recibes?

LXXX

Mario es aquel que del minturno lago
al África, por él domada, huyendo
le vemos, sus ruinas confiriendo
con las altas ruinas de Cartago.

Filis, de tu altivez el justo pago
en la pintura muda estás leyendo,
pues también hace el tiempo por estruendo
en el reino de amor el mismo estrago.

El cristal en que afilas cada día
tus flechas te dirá mejor la historia
de Mario y de Cartago en tu figura;

y comprendida en la fatal victoria,
tarde concederás que tu hermosura
no fue más que una breve tiranía.

LXXXI

No con el vulgo acuses, oh Licino,

la providencia del mayor piloto,
pues no eres tú quien de un esquife roto
a nado se libró en las rocas de Ino.

Mejor será que al movedor divino
votos envíes; que un humilde voto
enfrena alguna vez al fiero Noto
y pone ley al ímpetu marino.

Tú, inexperto, de un débil vaso dueño,
en que crujen las tablas mal seguras
siempre que el lienzo tiendes en su antena,

¿de la fortuna pública murmuras?
¡Calla, y atiende junto de la arena
a conservar el casco de tu leño!

LXXXII

Yo, aquel en cuyo insuficiente estilo
la verdad injuriada oyó el consuelo
que en mi mente infundió benigno el cielo
para tener el ánimo tranquilo;

Ya fuego exhalo, lágrimas destilo,
y contra mis preceptos me rebelo;
rabio al fin, y en la furia de mi celo
nuevos cuchillos de venganza afilo.

¡Qué el valor ceda, y venza el brazo astuto!
¿Qué es esto, celestial Sabiduría?
¿Es la virtud no más que un nombre vano?

Mas ya tu resplandor me muestra pía;
haz que este afecto que me turba humano,
de su calamidad no pierda el fruto.

LXXXIII

Si un afecto, Señor, puedo ofrecerte
al culto de sus ídolos atento,
con lágrimas de amor te lo presento;
tú en víctima perfecta lo convierte;

que en este sueño tan intenso y fuerte,
de tus misericordias instrumento,
no imagen imitada es lo que siento,
sino un breve misterio de la muerte,

en quien con ojos superiores miro
mi fábrica interior oscurecida;
báñela aquella luz, Señor, aquella

que inspira perfecciones a la vida,
pues permites que goce, sin perdella,
experiencias del último suspiro.

LXXXIV

Cloris, este rosal, que libre o rudo,
del arte huyó al favor de la floresta
su arrogancia selvática depuesta,
vecinas flores le verán desnudo.

Nota esta rosa, que aun ahora pudo
abrir el paso a su niñez modesta.
Pero ¡cuán breves términos apresta
la grana que libró del verde nudo!

Vive su planta los estivos meses;
mas el honor de los purpúreos senos
(mísera edad) la madurez de un día.

Pues si lo raro, oh Cloris, dura menos,
la pompa de tu abril ¿por qué confía
que ha de reinar con hados más corteses?

LXXXV

También adula, Nuño, la tardanza,
porque ni las promesas verdaderas
te dan el mismo bien que consideras,
ni él dura más del punto en que se alcanza.

Tú pues, en prevención de su mudanza
mitiga la opinión con que lo esperas,
que opinión de alegrías venideras
es esto que llamamos esperanza.

La lenta diligencia en los frutales
acreditada crece en sus tributos,
obras del cielo sólidas y expresas;

que aun la fidelidad de aquellos frutos
lo muestra, cuando él libra sus promesas,
único autor de efectos puntuales.

LXXXVI

Sólo ofende el agüero a quien lo advierte;
véncelo, o no lo adviertas, Lauso mío;
que horrible (no fatal) su poderío
tanto excede al incauto como el fuerte;

y pues tu estimación podrá ofenderte,
refórmala con fuerza o con desvío;
que a la luz o al error del albedrío
se elige o se fabrica nuestra suerte;

cuya interpretación no la confía
al sordo caso aquella providencia
que a libertad y a imperio corresponde.

Alcemos pues con tiempo la licencia
al curioso temor; vamos por donde
nuestra animosa ceguedad nos guía.

LXXXVII

Si en la corte no apartas con cautela,
Castro, lo popular de lo exquisito,
las heces hoy del número infinito
tendrás por quinta esencia de la escuela.

Tú pues de ínclitas barbas te recela;
mas, aunque no son ciencia, sino rito
de la ambición, que por el gran distrito
sobre el aplauso de inexpertos vuela,

saluda por estoica la ignorante;
reciba en esto la justicia agravio
de que la indigna imitación saludes;

porque si en la verdad se funda el sabio,
¿por qué ha de resguardarle sus virtudes
la astuta negligencia del semblante?

LXXXVIII

Aquí, dónde, a pesar del tiempo, hoy dura
soberbio un gran conducto de Trajano,
linfas en ministerio de Vulcano
dan al doble metal noble escultura;

y el español su vellocino apura
mas que los seres al que muelle y cano
para la ostentación del traje humano
sobre los tiernos árboles madura.

Aspire, aspire a varoniles glorias
por severa templanza, y deje Iberia
los preciosos peligros en sus minas.

No quieras, oh fortuna, dar materia
a las armas remotas y vecinas,
y renovar sus bárbaras victorias.

LXXXIX

Si quieres conservarte, Lauso, evita
ese ardor, con que en varias ocasiones
a cuerdos y filósofos te opones,
como pudiera el magno Estagirita;

ya tu apariencia, que al estudio imita,
cuando se atreve a decidir cuestiones
es ridícula a libres corazones,
cuyas nobles paciencias ejercita.

Yo, porque de celar tu honor me precio,
digo, para que escape de un agravio,
que consideres bien de aquí adelante

que el que no sale de su esfera es sabio,
el que ignora las cosas, ignorante,
y el que las sabe mal sabidas, necio.

XC

¿Estás libre, Damón? Pues no blasones;
que la jactancia, ni en seguro es buena;
y si te queda un átomo de pena,
te traerá a las primeras ocasiones.

No se juzga por libre de prisiones
el can, por más que rompa la cadena,
mientras que asida a la cerviz le suena
alguna parte de los eslabones.

Paz suelen ser de amor breves enojos,
y todos los nublados de tu ira
los volverá en tranquilidad tu diosa.

Si se humana a poner, cuando te mira,
de aquella risa todopoderosa
un suave relámpago en sus ojos.

XCI

Lo primero, me visto; lo segundo,
devoro medio pan, y en su migaja
un torrezno, que al ámbar se aventaja
el olor que despide vagabundo;

pues ¿qué si es día en que la barba tundo
y corre licenciosa la navaja?
Carísimo individuo, hiende y raja;
que rompes la mejor vida del mundo;

y mas si al aire limpio te desvías,
y recostado en la menuda grama,
la rústica salud curte el pellejo.

Vive, vive ignorado de la fama;
que más vale morir plebeyo viejo
que príncipe en el medio de tus días.

XCII

Mas embravezco al mar, mas inquietos
pruebo los vientos cuanto más envío
voces al cielo, y al lamento mío
responde con más ásperos efectos;

mas si llevo estos ídolos secretos,
¿por qué lo espero favorable y pío?
¿guardo, Filis, tus prendas y porfío
a pedir paz con votos imperfectos?

Osemos pues; ¿qué tiemblas, mano? Intenta
ardan las adoradas hebras de oro,
su imagen y estas letras de su dueño;

que así ronco el piloto en la tormenta,
arroja al mar las perlas y el tesoro
para librar el combatido leño.

XCIII

¿Será posible que a mis manos muera
el león que me oprime interiormente,
y que en mí su despojo represente
la victoria segura y postrimera?

Del león a quien dio la muerte fiera
Alcides, se vistió la piel valiente,
y el mejor yelmo que aplicó a su frente
fue la cerviz y dientes de la fiera.

Y ¡qué! ¿no podré yo de este deseo,
nuevo Alcides, vengarme, siendo cierto
que creció por mi débil resistencia,

y, entrando en nueva guerra, andar cubierto
de su acuerdo feroz y de experiencia
el vencedor a un tiempo y el trofeo?

XCIV

Julio, venciste; pero con la suerte
que a los vencidos míseros aprieta,
rendida a la piedad que allá secreta

guardas en tu valor, piensan vencerte.

Ama pues, tan benigno como fuerte,
la cerviz que te obliga por sujeta;
que no es el perdonar gracia perfeta,
si en generoso amor no se convierte.

Evítales con ella aun el castigo
que en sus conciencias obra la memoria
de haber faltado con su fe y contigo.

¿Cuál resplandor no mereció, cuál gloria,
quién con tal paz triunfó del enemigo,
qué procedió a triunfar de la memoria?

XCV

Ya, Opicio, a los acuerdos consulares
de esta grave república presides;
y si con tu equidad su imperio mides,
ni al griego ni al romano le compares;

mas tú, en tantas virtudes no vulgares,
émulo de Catón y de Arístides,
no salgas de ti mismo ni te olvides,
ingrato, del que fuiste en pobres lares.

Entiende que, aunque frises con la luna,
los que celan tu honor, rectos varones,
te quieren ver de la modestia amigo;

y en esta fe atalayan tus acciones,
porque a medida igual se habrán contigo,
como te hubieres tú con la fortuna.

XCVI

Ya Mercurio, no es bien que yo te siga
con ansia en la mitad del curso humano,
cuando tan fiel tu premiadora mano
de afán y de ambición me desobliga.

Próvida para sí la breve hormiga,
allá en sus trojes muerde el rubio grano,

porque no arraigue y suba a honrarse ufano
del fértil colmo en la segunda espiga.

No crezca tu favor; basta que dure;
que por ninguno de los trances varios
de ambas fortunas irritarme pienso.

No anhelo minas, ni codicio erarios,
sino una alegre mies y un firme censo,
que estos últimos ocios me asegure.

XCVII

¡Oh Abete! si después que a los fenices
rindió tu patria el oro se sus venas,
miras como a tu honor nuestras cadenas
le rinden tantas bárbaras cervices;

por mostrarte a la mar, ¿propias raíces
trocar piensas por áncoras ajenas,
y al áfrico arbolar lienzos y antenas
entre votos dudosos o infelices?

Quitará la segur, que te importuna,
para mostrarte, apoyo a los trofeos,
sombra a las greyes, ocio a los pastores.

No injuries tus invictos Pirineos;
cedan sobre ti mismo tus honores
a la decrepitud, no a la fortuna.

XCVIII

Émulos, Cintia, son o imitadores
de la verdad, que en tus alientos huele,
los que inspira Favonio cuando impele
las sujetas al arte o libres flores.

Y aunque para asaltar faustos olores
entre esperanzas que maduran vuela,
con cuyo desempeño premiar suele
la industria y la paciencia a los cultores.

Más puro y limpio olor que de ninguna

rústica suavidad robar pudiera
del que a tus labios su fragancia envía;

pero tu honestidad ruda o severa
no ha de admitir en ellos la porfía
con que anhelan dos almas por ser una.

XCIX

¿Es para ti la esfera de la luna,
Lico, esta patria universal del suelo;
que no has visto la cara al desconsuelo,
ni llorado jamás, ni aun en la cuna?

No haber hecho de ti experiencia alguna
un caso adverso, ¿no te da recelo
de que no te ha juzgado digno el cielo
de vencer ni una vez a la fortuna?

No acredita al piloto la bonanza;
el ejercicio sólo es el que puso
entre el valor y el ocio diferencia.

Mísero quien no da filos al uso
de la razón, haciendo resistencia
igualmente al temor y la esperanza.

C

Julio, aunque estoy de imperfecciones lleno,
y al fortuna con benigna frente
recoge a los indigno, yo obediente,
ni mi exclusión ni su rigor condeno.

Pues si persigue al ánimo sereno,
entre inicuos ejemplos inocente,
que opuesto con valor a la corriente,
en tiempos malos se atrevió a ser bueno.

Rayo es que arrasa al tronco más robusto,
y recogiendo en sí la fatal llama,
perdona a las encinas inferiores.

Y así, le debo más si me desama,

pues mereciendo tanto sus favores,
quiere tratarme como trata al justo.

CI

El hombre fue de dos principios hecho,
tales que, con jactancia verdadera,
a sus ojos le alegra cualquier fiera,
y cualquier planta parentesco estrecho.

Pero cuando él reconoció en su pecho
la gran porción del fuego de la esfera,
vio, con admiración de ver lo que era,
que a la divinidad tiene derecho.

Haz pues que con trocado ministerio
a la vaga altivez del albedrío
el sentido inferior no tienda redes,

y cuando él pretendiere ¡oh Fabio mío!
hacerte siervo, acuérdate que puedes
mirar esas estrellas con imperio.

CII

Fabio, las esperanzas no son malas;
mas tú con tanto aplauso las acetas,
que a oráculos forzosos de profetas,
y aun a vivos efetos, las igualas.

Sabe que contra el tiempo se arma Palas,
contra sus inconstancias y sus tretas;
que él es tal, que tropieza en sus muletas
cuando le piden que use de sus alas.

Y así, nunca en el término futuro,
ni en el presente, si eres sabio, digas
que hay tiempo que del tiempo esté seguro;

que cuando a fuerza de sufrirle obligas
a que acuda fiel, te pone un muro
de presto entre la hoz y las espigas.

CIII

Tendrás, amigo Julio, a maravilla
que sin necesidad uno prefiera
peñascos, vientos y tormenta fiera
al dulce puerto, a la segura orilla.

¿Qué dirás si su pobre navecilla
no es fábrica de hierros y madera,
sino de sutil vidrio, y si la hubiera,
de materia más frágil y sencilla?

Dirás que tan notorio desatino
no puede suceder; porque no miras
en tus designios y esperanza vana.

¡Oh ingrato al cielo, que al naufragio aspiras!
¿No ves que es vidrio el ímpetu marino
esto que acá llamamos vida humana?

CIV

En la fiesta del nacimiento de Nuestro Señor

Hoy rompe Dios los orbes celestiales,
y al de la tierra tan benigno arriba,
que desarma la diestra vengativa,
para abrazar con ella a los mortales.

Y pues gime por paz en los umbrales,
un tiempo odioso, la esperanza viva
del ofensor, ya próspero, aperciba
al Dios infante júbilos triunfales.

¡Oh feliz culpa!, que si por inmensa,
ni en los senos cupieron del olvido,
ni en méritos de humana recompensa,

la justicia y la paz, que tú has unido,
libran hoy el remedio de la ofensa
en el amor del príncipe ofendido.

CV

A Cristo orando en el huerto

¿Qué estratagema hacéis, guerrero mío?
Mas antes, ¿qué inefable sacramento?
¡Qué os bañe en sangre sólo el pensamiento
de que se llega el plazo al desafío!

Derramad de vuestra alma otro rocío,
que aduerma o arme al flaco sentimiento;
mas vos queréis que vuestro sufrimiento
no cobre esfuerzo por cobrar más brío;

que no es temor el que os abrió las venas,
y las destila por los poros rojos,
que antes él los espíritus retira;

sino, como se os viene ante los ojos
mi culpa, andéis de generosa ira,
y en esta lucha aumento vuestras penas.

CVI

En la muerte de Cristo

Hoy, por piedad, de su hacedor le ofrecen
prendas de sentimiento sus hechuras;
llama el sol a la noche, y las oscuras
sombras aprisa en tiempo ajeno crecen.

De la vida asaltadas, se estremecen
atónitas las mudas sepulturas;
libran sus cuerpos a las almas puras,
y a los justos vivientes aparecen.

Las piedras se quebrantan, y a su ejemplo,
visten los astros voluntario luto;
rómpese el velo místico del templo.

Da cualquier obra al llanto algún tributo,
y ¡yo, siendo la causa, lo contemplo
con pecho alegre y con semblante enjuto!

CVII

En la resurrección de Cristo

Mientras que el orden natural se admira
del súbito vigor que en esta aurora
contra el tiempo voraz se corrobora,
y atónita la muerte se retira;

crecer en un sepulcro la luz mira,
que el aire asalta y las tinieblas dora;
y oye la antigua voz productora,
que otra segunda instauración inspira.

¡Oh eterno amor, si al nuevo impulso tuyo
naturaleza en todo el gran distrito
risueña y fuerte aviva el movimiento!

¿Por qué yo no lo busco o no lo admito?
¿Yo sólo, estéril al fecundo aliento,
de la común resurrección me excluyo?

CVIII

Al Santísimo Sacramento

¡Oh enigma, adonde amor cifra la historia
de cómo vence a Cristo, y cómo ordena
que a comer nos le de una sacra cena,
efecto superior de la victoria!

En ti de su pasión la gran memoria
mejor que en los triunfales himnos suena;
de cuya gracia queda el alma llena,
resguardo fiel de la futura gloria.

¿Qué convidado habrá que satisfaga,
aunque le preste méritos el cielo,
a caridad, Señor, tan estupenda?

Cubierto estáis; mas no nos niegue el velo,
que acá en el tiempo nos dejáis por prenda
lo que en la eternidad nos dais por paga.

CIX

Cuelga, Ignacio, las armas por trofeo
de sí mismo en el templo, y con fe ardiente
espera que las tuyas le presente,
quien le infunde tan bélico deseo;

que así, en dejando al pastorcillo hebreo
el real arnés, le dio una fiel corriente
limpias las piedras, con que hirió en la frente
altiva al formidable filisteo.

Salid, pues, nuevo rayo de la guerra,
a los peligros, que producen gloria;
oprimid fieras, tropellad gigantes;

que si al valor responde la victoria,
no dejaréis cervices repugnantes
ni en los últimos fines de la tierra.

CX

A Santa Teresa de Jesús

A su Teresa Cristo en visión clara
que no sufrió ni transparente velo.
«Si no hubiera criado esposa el cielo
para ti soladijole criara».

Si corresponde estimación tan rara,
¡oh virgen!, al fervor de vuestro celo,
¿cuál para unión, o cuál felice vuelo
de absorto serafín se le compara?

Si a solas vos, y sólo en vuestras bodas
se os da por dote el ámbito glorioso
que fue a las almas justas dedicado,

decid si allí nos muestra el sacro Esposo,
que, aunque las ama en exquisito grado,
ha puesto en voz el mérito de todas.

CXI

A Felipe III, al entrar a reinar

Como fue a Apolo por los dioses dada
la gloria de poner firmeza en Delos,
libraron tus magnánimos abuelos
la del orbe en los filos de tu espada,

introduciendo aquella paz sagrada,
que, libre de esperanzas y recelos,
asida a su virtud desde los cielos,
a lo inferior su habitación traslada.

Quiere, oh gran sucesor, que con tu ejemplo,
superior fuerza, así las cosas mudes,
que te agradezca el siglo su mudanza.

Para este fin te siguen las virtudes,
porque se críe y crezca esta esperanza
entre las sacras aras de su templo.

CXII

En la muerte de Felipe III

Este sí, gran Filipo, que es dominio
mayor que el que los reinos te asegura,
pues redujo tu afecto a compostura
tal, que dio a las virtudes patrocinio.

Aunque se aflija, cándido, el armiño
por no admitir mancilla en su blancura,
la que luce en tu espíritu es más pura,
y su designio superior designio.

Émulo de la angélica pureza
triunfó a la sombra del corpóreo velo,
que pudo reprimir su interna gloria.

Sólo el raro espectáculo vio el cielo,
y con admiración de la victoria,
le humilló la cerviz naturaleza.

CXIII

Al nacimiento de Felipe IV

Naces, oh infante, en honra no entendida
ni sujeta al arbitrio de la suerte,
pues, en fe de que a Dios plugo escogerte
para que a la Asia libres oprimida.

Como otra esfera celestial movida
tu Augusta madre por virtud más fuerte,
cuando la vida se escondió en la muerte,
te pone en los umbrales de la vida.

Por tu cetro verá fieles cultores
el gran sepulcro, y cobrará su gloria
el sacro imperio, ahora profanado.

Crece pues, no te usurpe la victoria
tu padre, a sus designios obligado,
y tú de generosa envidia, llores.

CXIV

En la muerte del príncipe Filiberto de Saboya

No turba nuestro llanto la alabanza
que hoy suena, joven real, en la victoria
que de la vida o muerte transitoria
en mejor vida tu virtud alcanza.

Sólo se extiende a la fatal mudanza
del gran principio de gloriosa historia,
en quien de antigua hereditaria gloria
émula se mostraba tu esperanza.

Pídele a Dios, para lograr la nuestra,
victorias de su iglesia, pues tu celo
milita ya con arma celestiales.

Será en el orbe general consuelo
ver que a tu ruego deban los mortales
lo mismo que debieran a tu diestra.

CXV

*A doña Juana de Pernestain, duquesa de Villahermosa,
habiendo perdido un pleito en Aragón*

Si en los sucesos prósperos declina,
oh Hercinia, la virtud de los mortales,
y generosa crece entre los males,
produciéndole glorias la ruina,

más debes a la tierra peregrina
que a la de tus penates naturales;
así como el mejor de los metales
debe más a la llama que a la mina.

Que la felicidad no perfecciona
al alma, aunque le da noble materia,
donde con vigilancia se ejercite.

Y los monstruos que guarda Celtiberia
dignos de Alcide son, el cual no admite
de las manos del ocio la corona.

CXVI

*A la duquesa de Villahermosa, doña María de Aragón, cuando,
saliendo de Menina, se calzó chapines*

Cuando el amor sus flechas aprestaba
vuestra hermosa niñez, real señora,
como quien su vecino daño ignora,
el orbe la defensa despreciaba;

y así, en las llamas súbitas sacaba
centella en otro tiempo, incendio ahora;
ya amor subido en alto se mejora,
para esparcir los daños de su aljaba.

Y por herir las almas de improviso
le disminuye al vencedor la gloria,
noble pregón que se defiendan suena;

mas como ven que es vuestra la victoria,
aperciben los pechos a la pena,
y niéganlos al importuno aviso.

CXVII

A la misma señora

No extraño yo que a la primera ausencia,
Señora, os descomponga el sentimiento,
porque tanto es más áspero un tormento,
cuanto socorre menos la experiencia;

mas pues concede el mismo amor licencia
para que se divierta el sufrimiento,
tenedlo un poco a la esperanza atento,
y daréis algún ocio a la paciencia.

La mitad de vuestra alma, el dulce ausente,
volverá presto; que a su afecto puro
servirá la razón y la fortuna.

Poned la fe de entrambos en seguro,
formando amor de vuestras almas una;
que la ausencia no es más que un accidente.

CXVIII

Duque, suspende al tiempo la victoria,
contemplando en tu edad que el varón fuerte
de tiempo y de los hados la divierte
en el seno feliz de su memoria;

ni muere aquel valor que en viva historia
do con imperio leyes a la suerte;
antes ociosa, en paz la misma muerte
venera los confines de su gloria.

Vibra tus verdes palmas, no concedas
ocio ni olvido al movedor robusto,
con que la débil parte fortaleces;

añada espacios a su edad el justo,
y en su propio vigor viva dos veces,
aunque lo niegue las fatales ruedas.

CXIX

Hoy, real Señora, hasta la empírea esfera
sube en las alas de tu afecto el oro,
con tal fe, que al del místico tesoro
que en Belén se ofreció, emular pudiera;

fe, a cuyo aplauso en la región primera
las angélicas mentes forman coro,
para anunciar con júbilo sonoro
la sucesión que el orbe de ti espera.

El mártir, cuya fiel sangre revive,
infunda, pues le invocas. el aliento
que inspira en su prodigio, en tu esperanza;

que ya naturaleza al dulce intento
de compensar con frutos su tardanza,
los términos geniales apercibe.

CXX

Pues tu gobierno, mi Fernando, imita
al de Dios en los orbes celestiales,
aunque excluya tal vez las judiciales
plumas, venere la justicia escrita;

que cuando por su arbitrio la infinita
dispensa con las órdenes fatales
no les turba los lustres naturales,
ni el influjo común desacredita;

Ni tú, si la magnánima epiqueya
se opone a los derechos que nos rigen,
de su ornato purpúreo los desnudes;

que, aunque ella tiene altísimo el origen,
no ha de pensar que las demás virtudes
en su presencia son turba plebeya.

CXXI

Calle sus triunfos la romana historia,
Castro, pues con pacíficas acciones
su político estado le compones,

sin que el furor preceda a la victoria.

Instrumentos fatales de su gloria
son Castros, como en África Cipriones;
mas cedan a tu paz sus escuadrones,
y a nuestras esperanzas su memoria;

que cuando de la toga te desnudes,
librarás el sepulcro, en que la vida
su inmenso amor a los mortales muestra,

serás después común tiranicida;
deberán los dos mundos a tu diestra
la gran restitución de las virtudes.

CXXII

Terreno, en cuyos sacros manantiales
suele Marte bañar yelmos y arneses,
y de altas picas las ferradas mieses,
para volver diamante sus metales,

no sin emulación Pomona y Pales
te libran de influencias descortesas,
osas dar flores en ajenos meses,
y el ocio no conoce a tus frutales;

mas ni tu genio próspero te alaba,
ni la que armaste juventud robusta,
como el hijo de Fronto y de Flacila;

él te da el nombre, oh Bilbilis, oh Augusta,
cuando en la urbanidad flechas afila,
con que arma el seno de su docta aljaba.

CXXIII

Aunque en tus naves, ¡oh Bretaña ingrata!
por el mar de Filipo armada vuelas,
para robar católicos bajeles,
que le conducen tributaria plata;

por más que el bronce pérfido combata,
o amenace con máquinas crueles,

en Gades surgirán las popas fieles
a vista de tu herético pirata;

y pues de tus designios infelices
no infieres los auxilios que te envía
el común padre, por piedad severo.

presto a la luz de un vengativo día
podrá en tus gentes religioso acero
confundir setas y segar cervices.

CXXIV

Ya he visto, sabio Andrade, por la gloria
con que habéis satisfecho a mi argumento,
la que disimulada en el tormento
responde a la paciencia meritoria;

que no pidiendo alivio a la memoria,
tregua al furor, ni a la esperanza aliento,
desarma y destituye al sentimiento,
y entonces se corona de victoria.

¡Oh, qué gran luz nos da nuestra elocuencia
de otras virtudes, que blandiendo palmas,
ocurren a la fiel tiranicida!

No pida pues paciencia, no, a las almas,
que absortas deja vuestro canto; pida
que en aplauso conviertan la paciencia.

CXXV

Del padre Juan Luis de la Cerda

El arte falta do el sujeto sobra,
y el vuestro es tal, Señor, que no me deja
para miraros levantar la ceja,
y menos alabar la menor obra;

un nuevo aliento y fuerza mi alma cobra
cualquiera vez que os trata, y de su vieja
vida y costumbre vil así e aleja,
que con acciones más ilustres obra;

si recitáis la sátira divina
a vuestra Dafne, de hermosura palma,
en mí se ven de aquel contento señas,

y a veces vuestra musa peregrina
tanto se encumbra, que me roba el alma,
la cual dais con que os oigan, a las peñas.

CXXVI

Respuesta de Argensola

El pintor raro, a quien el arte sobra,
aunque acabada la pintura deja,
vuélvela a ver, y con severa ceja
la acusa, y pone en perfección su obra;

y el que cada año con usuras cobra,
sembrando en tierra ejercitada y vieja,
no del culto solícito se aleja,
que con socorros sucesivos obra;

pero ni la que vos llamáis divina
sátira, ni el laurel, que llamáis palma,
de estas dos diligencias darán señas,

si ya vuestra elocuencia peregrina
no les infunde a las pinturas alma,
y no cultiva las heladas peñas.

CXXVII

De doña Catalina de Solís

Mientras gozamos con igual contento,
señor Rector, los días ya perdidos,
en el gusto los ojos detenidos,
no descubrían lo que ahora siento;

en esta soledad mi pensamiento
de espacio os mira, libre los sentidos
de esta fuerza secreta, que rendidos
os da mil pechos, ved el fundamento.

Mi fe os alabe con silencio cuerdo;
si todo el mundo tanto amor os tiene,
grande es la causa de tan grande efeto.

No penséis que os conozco porque os pierdo;
que alguna vez para juzgar conviene
apartar de los ojos el objeto.

CXXVIII

Respuesta de Argensola

¿Oh sol, que dejas con mortal contento
los ojos de las águilas perdidos,
del resplandor suave detenidos,
hasta sentir la fuerza que ya siento;

vencido te presenta el pensamiento,
no sólo lo interior de los sentidos,
pues también los demás te trae rendidos,
que tienen en el alma el fundamento;

que aunque no juzgo yo por poco cuerdo,
oh sol divino, al que por gloria tiene
morir a manos de tan grande efeto,

en huir de tus rayos no la pierdo,
si a la fe y a su mérito conviene
ignorar las grandezas de su objeto.

CXXIX

Del Príncipe de Esquilache

Si a Filis por qué llora le pregunto,
que no es del alma su tristeza jura;
mas yo, por la inquietud de su hermosura,
que son de amor las lágrimas barrunto.

Llorando niega, y a sus penas junto
lo que ella siempre desmentir procura,
sin ver que encubre su infeliz cordura
en cuerpo alegre corazón difunto.

¡Qué pasos da su engaño tan perdidos!
¡Qué mal se tuerce una costumbre larga,
pues no la vencen máquinas ni ruegos!

¡Qué poco debe amor a los sentidos,
si al tiempo que el secreto les encarga,
juran los ojos contra el alma ciegos!

CXXX

Respuesta de Argensola

Si lloró Fili, o si juró, pregunto,
¿qué te mueve a inquirir si verdad jura?
que yo en ti, pues contemplas su hermosura,
mas que interior curiosidad barrunto.

Silvio, el más cuerdo, que llegó tan junto
al daño, si evitarle no procura
huyendo, cuando apela a su cordura,
suele quedar en la ocasión difunto;

y así, pues ves que siguen los perdidos
el que a su afecto la licencia alarga,
admite los ejemplos y los ruegos.

Huye de lo que aprecian los sentidos;
que aunque el entendimiento amor lo encarga,
el apremiado gime, y ellos ciegos.

CXXXI

De Lamberto Íñiguez

Rector, a la esperanza infiel no aspira
con fugitivas horas tu Lamberto;
por conocido, más que por experto,
de sus falsos halagos se retira;

dentro de sí con generosa ira
en lo oculto del alma ha descubierto
que la pared inferior tiene por cierto,
lo que a más noble luz ve que es mentira;

si el sentido aparente gloria alcanza,
siempre el deseo de mayor le queda,
por no ser cierto bien la semejanza;

dichoso será, y rey, aquel que pueda
el desengaño ser de su esperanza,
y sellar con su imagen la moneda.

CXXXII

Respuesta

Si la ambición, que llega adonde aspira,
no topa el gozo que esperó Lamberto,
¿cuál ingenio, o por cauto o por experto,
de la esperanza infiel no se retira?

Corrido estoy de no poder sin ira
contarte cuán a juego descubierto,
siempre que me abonó algún bien por cierto,
en la fiel posesión lo hallé mentira.

Si esperado el placer, cuando se alcanza,
tan otro viene ya, que no le queda
sino aquella apacible semejanza,

hágame Dios tan recto juez, que pueda
echar un lazo al cuello a mi esperanza,
por falsificadora de moneda.

CXXXIII

Del padre fray Jerónimo de San Josef

¡Oh quién pudiera, superior Leonardo
(a vos en esto superior quisiera),
arrebatar a la suprema esfera
el vuelo de ese espíritu gallardo!

¡Quién la punta seráfica del dardo,
que a mi madre abrasó, dulce y severa,
entre el papel y vuestras manos viera
arder, lucir, y herir a un pecho tardo!

Esta divina pluma, que briosa,
en la media región flore al vuelo
con morales discursos provechosa,

penetre aquesos orbes, arda en celo,
llegue a la inmoble cumbre, y animosa
corra del sumo y hasta el sumo cielo.

CXXXIV

Respuesta

Si alcanzáis de Teresa que a Leonardo
los dones de su pluma inspirar quiera,
¿la de cuál escritor subió a la esfera,
oh Jerónimo, en raptó más gallardo?

Que fije en él su fervoroso dardo
le pedid, como a madre no severa;
veréis si quedara, cuando le hiera,
tibio al intento, o en la alas tardo.

Volará a diligencia tan briosa,
que de algún serafín parezca el vuelo,
a quien la claridad suprema endiosa.

Deba, sin este aplauso, a vuestro celo
que la esperanza de su fe animosa
en posesión se le convierta el cielo.

CXXXV

Si quiere Amor que siga sus antojos
y a sus hierros de nuevo rinda el cuello;
que por ídolo adore un rostro bello
y que vista su templo mis despojos,

la flaca luz renueve de mis ojos,
restituya a mi frente su cabello,
a mis labios la rosa y primer vello,
que ya pendiente y yerto es dos manojos.

Y entonces, como sierpe renovada,

a la puerta de Filis inclemente
resistiré a la lluvia y a los vientos.

Mas si no ha de volver la edad pasada,
y todo con la edad es diferente,
¿por qué no lo han de ser mis pensamientos?

CXXXVI

A don Felipe el Piadoso

En esa candidez, ilesa y pura,
que lisonjera en néctar se desata,
cuando sencilla y fácil, de la plata
a los labios traslada su dulzura.

La más gallarda edad, estar segura
no piense, que tal vez la muerte ingrata,
en la leche se mezcla y arrebatada
juntas, edad, salud, vida y ventura.

Por cuán estrecho paso recibimos,
y damos el aliento alternamente,
pues queda como un átomo impedido.

¡Oh, vida!, ¡frágil bien! ¿Por qué vivimos
dudosos por instante, si pendiente
estás de un pelo en el licor caído?

CXXXVII

Rompe la tierra, y en el centro afila
el buey pesado la esplendente reja;
de varias flores, la discreta abeja
en ruelas de oro, rayos de sol hila.

No sólo labra el ruiseñor, perfila
nidos de paja, que en las ramas deja,
de hurtada hierba, la inocente oveja,
nevados copos, al vellón destila.

Mano enemiga su labor desflora;
triunfan malos, y trabajan buenos,
discanta el grajo, lo que el cisne llora.

Gozan por propios, los que son ajenos,
que en los premios del mundo, no es de ahora,
que el que merece más, alcance menos.

CXXXVIII

A don Martín de Bolea y Castro

Aunque el bélico pecho y animoso
de tal manera a Orlando le ha ensalzado,
que está en suprema cumbre levantado,
pues en todo ha salido victorioso,

no menos por tu pluma fue dichoso,
Orlando en ser de ti tan celebrado,
que tanta fama y gloria has tú alcanzado,
cuanta él con ser en armas valeroso.

El postrimero límite y sujeto,
donde otros no pudieron allegarse,
desde allí comenzó tu vuelo altivo:

ha hallado don Martín tu gran conceto
entre furia y amor determinarse:
dio este corte y falló superlativo.

CXXXIX

Al padre fray Bartolomé Ponce

¿Cómo podrá premiar el bajo suelo,
sujeto al corto término de vida,
obra tan encumbrada y tan subida
que a su fin principal no abarca el cielo?

El premio, pues (divino Ponce), délo
el que, bajo accidentes de comida,
a tus manos se rinde y te convida
con el disfraz del delicado velo.

Que tu sutil labor y heroico estilo,
donde (cual muro oculto) so la yedra
más con su fortaleza reverdece,

o cual bajo la cera está el pabilo,
en rica guarnición la árabe piedra,
estando Dios, no sé qué más merece.

CXL

A una dama que sin beber vino ni tener negros los dientes le olía mal la boca,
señal de poca castidad

Si nunca Baco y siempre fuente viva
para tus labios su licor ofrece,
y de apariencia artificial carece
esa belleza sólida y nativa,

¿de qué causa tu aliento se deriva
que los tersos marfiles obscurece?
Hoy huele a yema pollo que parece
corrompido en la cáscara abortiva.

Decir que en los convites excediendo
se estraga el huelgo, como en su frecuencia
de tu rara templanza te desvíes,

no lo quiero creer, con tu licencia.
Colorada te pones y te ríes:
mal disimulas, Filis; ya lo entiendo.

CXLI

A una persona que se preciaba de ser platónica

Gala, no alegues a Platón o alega
algo más corporal lo que alegares,
que esos cómplices tuyos son vulgares
y escuchan mal la sutileza griega.

Desnudo al sol y al látigo navega
más de un amante tuyo en ambos mares
que te sabe los íntimos lunares
y quizá es tan honrado que lo niega.

Y tú, en la metafísica elevada,
dices que unir las almas es tu intento,
ruda y sencilla en inferiores cosas;

pues yo sé que Apuleyo más te agrada
cuando rebuzna en forma de jumento
que en la que se quedó comiendo rosas.

CXLII

A un privado

Oh tú, que en las sublimes aulas de oro
de reyes vives, huye, y escarmienta
del que a nado escapó de la tormenta,
echando al mar riquezas y tesoro.

Y cuando la Fortuna en su alto coro
vieres que el rostro alegre te presenta,
teme de Amor la rigurosa cuenta,
como tragedia que provoca a lloro.

¿Qué piensas que has de hallar firme y estable
donde están en sus tronos la mentira,
la lisonja, el engaño y la mudanza?

Huye de tu ruina lamentable,
que el cielo sólo arroja rayos de ira
a los que en él no ponen su esperanza.

CXLIII

Pródiga de nariz, de ojos avara,
espaciosa de boca, angosta en frente,
mejillas de cuaresma penitente,
y barba que en pirámide repara;

bosque do el tiempo con los años ara,
encubierto a la luz del rojo oriente;
fértil mina de pez que eternamente
destila en cada poro un alquitara;

vientre de odre, pecho de amazona,
cuello de tina, brazos de cordeles,
y en piernas de raíces pies de pato;

es dibujada al vivo en líneas fieles,

monseñor, la magnífica persona
di quella che vi piace in bel ritrato.

CXLIV

A la vida quieta y libre

Quiera el primer autor que se eternice
este dichoso estado en que me veo,
adonde en paz mi libertad poseo,
que es el bien de la tierra más felice.

Apaciente cualquiera o martirice
entre quimeras varias su deseo;
llueva rojo metal, seque el Egeo
y a los hados en suma tiranice;

que yo, mientras el cielo permitiere
que mis ojos de luz ricos se vean,
pobre entre pobres lares verme quiero;

que nunca el rayo a los humildes hiere,
ni Jove deja que afligidos sean
de tirano envidioso o lisonjero.

CXLV

Cuando a su dulce olvido me convida
la noche, y en sus faldas me adormece,
entre sueños la imagen me parece
de aquella que fue sueño en esta vida.

Yo, sin temor que su desdén lo impida,
los brazos tiendo al gusto que me ofrece;
mas ella (sombra al fin) desaparece,
y abrazo al aire, donde está escondida.

Así burlado, digo: «¡Ah falso engaño
de aquella ingrata, que aun mi mal procura;
tente, aguarda, lisonja del deseo!».

Mas ella, en tanto, por la noche obscura
huye; corro tras ella, ¡oh caso extraño!
¿Qué pretendo alcanzar, pues sigo al viento?

CXLVI

A la mañana de resurrección

Porque hoy llegó a sus términos la ira
del daño universal, más viva aurora
cuanto yace en sus fábricas explora,
cuanto crece a su luz, cuanto respira.

Naturaleza en sus esencias mira
intrépida virtud que las mejora,
y que la suerte humana vencedora
a sucesos más prósperos aspira.

En tanto que el eterno anfiteatro
hoy introduce al inmortal difunto,
componiendo otra vez el orbe suyo,

mísero yo en el ámbito de un punto,
de esta segunda perfección me excluyo
y a dioses fabricados idolatro.

CXLVII

A una dama que desdeñaba un paje suyo, con quien estaba amancebada

Pues tú con tanta propiedad desdeñas
ese paje que es todo tu apetito,
mente de cualquier cosa el sobrescrito:
no es frío el hierro, ni ásperas las penas.

Sabe, señora, que una de tus dueñas
(a quien yo algunas veces ejercito)
me hace ver en tus brazos el cabrito
que, como cabra, en tu retrete ordeñas.

Pues yo le vi atreverse a tu camisa
suplir pródigamente ajenas menguas
de tu marido, por tu industria ausente;

y mientras ambos os chupáis las lenguas,
yo, atento al espectáculo, impaciente,

muerdo la mía con envidia y risa.

CXLVIII

A un amigo que no daba en el punto para alcanzar una dama

En la edad de oro, aunque hubo afectos tiernos,
se ve que honestidad guardaron, Niso;
mas la de plata el freno más remiso
vio en frente humana los primeros cuernos.

La de hierro acabó de ensordecernos
a la voz del ejemplo y del aviso;
después ningún metal, de honesto, quiso
intitular la edad de los modernos.

Y por Gala, tu Eurialo, cautivo,
no sin risa del pueblo anda fogoso,
cohechando siervos y falseando llaves.

Dile tú que lo trate con su esposo,
que, con ciertos capítulos suaves,
su mismo esposo le tendrá el estribo.

CXLIX

Rendida la cerviz al sacrificio,
en la ardiente parrilla recostados
están los duros huesos abrasados,
sin mostrar de flaqueza algún indicio.

«Tu amor, mi Dios, teniéndote propicio,
aunque el rigor del fuego era sobrado,
por Dios y por señor te he confesado,
poniendo en alabarte mi ejercicio.

»Como al oro en el fuego me probaste,
y aunque fue tan terrible aquel tormento,
lo deshice, en tu amparo confiado.

»Así mi corazón perfecto hallaste,
que, por tener en ti su dulce asiento,
no le es notado rastro de pecado».

CL

Hoy que amontona fiestas y alegrías
la madre más fecunda y la más santa,
dando a sus buenos hijos toda cuanta
honra les dio partida en muchos días,

subid, deseos y esperanzas mías,
donde se goza lo que aquí se canta,
sin temer la grandeza que os espanta
de aquellas celestiales jerarquías.

Penetrad los palacios soberanos
hasta el trono do asiste el Rey que juzga
y gobierna y sustenta a los mortales;

y ved si entre sus nobles cortesanos
habrá por gran favor quien me introduzca
siquiera en el zaguán o en sus umbrales.

CLI

Lo que merece nombre de esperanza
nace de causa de esperar dudosa,
si se espera sin ella, y fe animosa,
si con seguridad es confianza.

Si a complacer en lo imposible alcanza,
puede llamarse adulación forzosa,
y casi posesión toda otra cosa
que quita el miedo a la desconfianza;

declina Amor en quien esperar puede,
que la enajenación y encogimiento
aun discurrir al esperar prohíbe,

Y en el gozoso asombro que pretende,
contemplando posee el pensamiento
todo el bien de que nace y de que vive.

CLII

A Dios omnipotente

Señor, que miras de tu excelsa cumbre
el tiempo todo en un presente eterno,
tu imagen mira en mí, que al ciego infierno
la inclina su terrena pesadumbre.

Oh suma luz, ya la encendida lumbre
de mi gozoso abril florido y tierno
muere, y ya temo ver en el invierno
más verde la raíz de mi costumbre.

Mírala, sacro santo Rey divino,
con ojos de piedad, que al dulce encuentro
del rayo celestial verás volvella

a verte, como en vidrio cristalino
la imagen mira el que se espeja dentro,
y está en su vista de él su mirar de ella.

CLIII

Corneja que vestiste ajenas plumas,
ganso que le usurpaste al cisne el canto,
cuervo cuyo graznar anuncia llanto,
voz que siendo de Arcadia suena en Cumas;

como hendrija de pipa te rezumas,
el rebozo destapa, quita el manto,
ingenio de almofrex de cal y canto,
ligero como plomo en las espumas;

que dejes de enredar más el urdimbre
de parte de las Musas te conjuro,
antes que el bello Apolo te confunda.

No mezcles nuestro abril con tu diciembre;
si no, por el Estigio lago juro
que el verdugo te dé una brava tunda.

CLIV

Mi afecto, Amor, me acometió con brío,
mas no pudo rendirme a tu obediencia,
ni la exterior beldad que con violencia

dio el mismo asalto al pensamiento mío;

hasta que con más noble poderío
allanó la razón mi resistencia,
y por su autoridad y en su presencia
juró tu servidumbre mi albedrío.

Mas aunque la prisión que arrastro suena,
y sabe Cintia bien que adoro el peso,
no la oye, o no la admite, o la aborrece.

Suple o adorna tú el valor del preso,
pues su elección ya sierva no merece
que Cintia quiera asir de la cadena.

CLV

A Felipe IV que entró en un convento de monjas y le ayudó el patrón

Qué mucho que en tus lámparas, oh Vesta,
la casta luz tus vírgenes desamen,
si en una tiene concubina el flamen,
fuego vecino por lo menos tuesta.

Y ella hace ostentación de tan honesta,
que siempre que ante Séneca la llamen
pasará sin temor por el examen
de recoger el agua en una cesta.

¿Es posible que al cómplice estupendo
le admitan sin horror las aras pías
que han recibido de él tantas injurias?

A Júpiter al fin yo no lo entiendo:
él castiga con rayos niñerías
y solapa sacrílegas lujurias.

CLVI

Hoy el nefando autor del color bayo
y el sacrílego vil que a hecho injuria
al sacro honor de la romana curia
son mariposas en el blanco sayo.

Guarda, Sodoma, que desciende el rayo
de la mano de Dios, con justa furia,
contra la gomorra vil lujuria
que abrasa a España con mortal desmayo.

Saca en los hombros la virtud, Eneas,
de las llamas del ocio consumida,
si ser piadoso príncipe deseas.

Camina, Lot, con tu mujer querida;
vuelve los ojos, Corte, no lo veas,
si no quies ser en piedra convertida.

CLVII

A Madrid, cuando se trataba de mudar la Corte a Valladolid

Volverse han muchos a labranzas toscas,
que fueron sus primeros ejercicios;
tratarán los magnates y patricios
en rubias mieses y vacadas hoscas.

Dejarán las culebras ya sus roscas
en que enlazaban huéspedes novicios;
andarán los casados en sus quicios,
pues le dejan en paz su miel las moscas.

Viviráse con gusto y más sin arte,
y cesará el hablar por cartapacio,
engomar el copete y frente lucia,

y las mohatras en igual descarte.
En faltando la Corte, Rey, Palacio,
aunque limpia, Madrid será muy sucia.

CLVIII

La respuesta nos la da Pedro Pardo

Dame, Señor, una oración suprema;
dame la voz, el ritmo y el acento;
que todo tuyo sea el pensamiento,
y tuyos el poeta y el poema.

Anonadado en Ti, sea un problema
de cómo por amor, con nuestro aliento,
te expresas a ti mismo el sufrimiento
de esta vida que brilla y que nos quema.

No me dejes recluido en mis fronteras,
pues quedo tan inerme y desvalido,
que temo, mi Señor, que si algo pido

no será de esta súplica que esperas.
Como para tu gloria vivo y muero,
lo que quiero pedir yo no lo quiero.